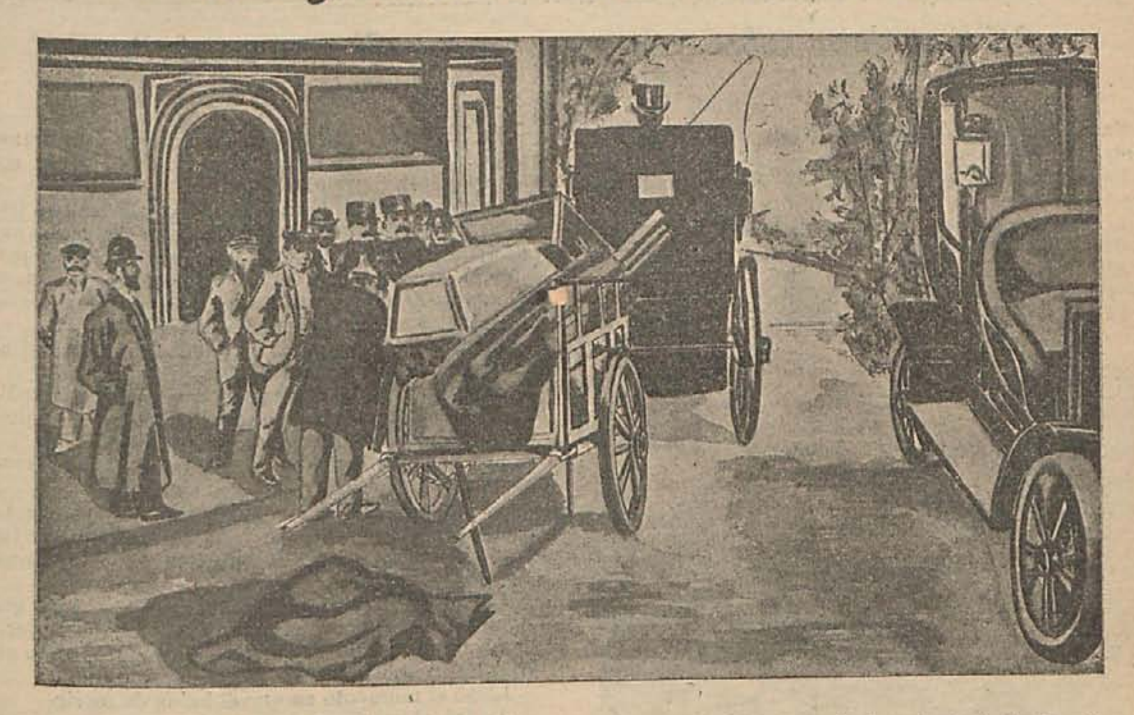


15 de Abril de 1908. Año V. N.º 104.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.

Las grandes conmociones sociales.



No hace mucho, ayer, con referencia á las largas centurias que cuenta la humanidad, las grandes sacudidas que experimentaban los pueblos, salvo las obligadas por el hambre ó por excesos de población, se debían exclusivamente á la voluntad de los fuertes.

Reyes y emperadores decidían, cambiando á veces la faz del mundo; sus ejércitos incontables se encargaban de hacer buenos sus intentos, por dañosos é injustos que pudieran ser.

Las imposiciones de los grandes han cesado, y sin dar lugar al equilibrio que resultara del respeto al débil porque se cree fuerte y del no abuso de las multitudes, que juzgan su fortaleza por el número, como si hubiera empeño en probar que ese respeto mutuo del hombre para con el hombre no ha de escribirse con hechos, hoy son los oprimidos de entonces los que se imponen á los que ya no pueden ser señores.

París es hoy el centro de acción de esa lucha latente siempre entre el capital y el trabajo.

Los albañiles de París tenían sus diferencias con los patronos. Esta clase de lucha es siempre de resultados perniciosos para las dos partes litigantes. La huelga es un arma terrible contra el capital, pero no lo es menos para el proletario; es, por lo tanto, un arma de dos filos, que hiere por igual á ambos adversarios; se ha abusado mucho de las huelgas, y la sociedad, que al fin y al cabo se compone de obreros en mil acepciones de la frase considerados, sufre sus consecuencias.

La actual monstruosa huelga de París ha llevado en pos de los albañiles á muchos otros oficios, hasta dejar sin trabajo á cerca de 200.000 obreros.

En este momento la ciega arma de la huelga ejercita sus dos destructores filos y su mortífera punta: ésta ha dado de lleno en el corazón del público, que indiferente, en cierto modo, á la lucha, es el que paga los vidrios rotos. Veamos cómo.

Dentro del mal de la huelga, el que la inicia, el que la dirige, elige el momento que cree más á propósito, para vencer. Es elemental el elegir el lugar y hora de la pelea.

Los obreros de la capital francesa han apurado la oportunidad.

Cuando el Consejo municipal de París acordó la reforma de las calles de la población, acudieron los contratistas con sus numerosas cuadrillas de obreros, dispuestos á dar principio. No es el momento de las exigencias.

Cuando las calles de la popular villa están excavadas en todos sentidos, cuando las zanjas se cruzan en todas direcciones, cuando la circulación de tranvías y otros carruajes se hace penosa y lenta, cuando la lluvia convierte en lodazal las lindas calles de la coquetona capital de Francia, en suma, cuando está realizado todo el trabajo de destrucción, preliminar del arreglo futuro, entonces, sólo entonces creyeron los directores del conflicto que era hora de dejar el pico, para formular sus exigencias ó sus derechos, que esto no lo hemos de juzgar nosotros.

Convengamos en que si el fin no es de alabar, en cambio la oportunidad está perfectamente elegida.

Nuestro grabado representa el momento en que un grupo de obreros recoge sus herramientas y diciendo: ahí queda eso, deja amontonadas piedras y tierra, entorpeciendo la circulación por la calle.

Los patronos decretan la paralización provisional de toda obra.

La Cámara sindical de patronos de la edificación de París declara el imponente *loc-kout*, el no se trabaja, el no doy á ganar un real.

París no sabe, no puede solucionar el conflicto, y la población, cerebro de Europa, cabeza del mundo, se ve convertida en un sucio lodazal, que la lluvia hace cada vez más intransitable.

Cuando leíamos la última obra de Ciges Aparicio, *Los vencedores*, sentíamos náuseas que nos ocasionaban los poderosos, los capitalistas que ponían en inconsciente consorcio el dinero, la fuerza, el sacerdote, el juez, la incultura, para oprimir al caído, y oprimirle más cuanto más hundido le creyera.

Cuando, como ahora, vemos la imposición del número, en el momento crítico, sentimos la misma repugnante impresión que nos ocasiona la parte contraria.

El 90 por 100 de la mano de obra está hoy parado, 200.000 familias no ganan el pan, los brazos que habían de llevarle están inactivos. ¿Sabe nadie á qué catástrofe puede conducir ese inmenso hormiguero humano?

El presidente de la Cámara sindical de patronos justifica su determinación diciendo:

«No era posible seguir nuestra industria en las actuales condiciones.

»Desorganizados todos los trabajos, la intransigencia de los delegados obreros hizo imposible todo acuerdo.

»Llegamos al paro forzoso, adoptando tan grave medida después de haber agotado todos los medios de conciliación.»

Los obreros han contestado:

«Aunque la decisión de los patronos ha producido en París gran emoción, es lo cierto que se esperaba el conflicto desde hace mucho tiempo.

»Tarde ó temprano, las obras volverán á reanudarse, y se comenzará, por nuestra parte, una labor pacífica y tenaz.»

Veremos quién cede, y deseamos que sea pronto.

Víctima de su culpa.

En el boulevard de la Chapelle, en París, vivía Carlos Hardy.

De su habitación se oyó partir un disparo de arma de fuego.

El ruido alarmó á los vecinos y á la Policía, determinando á todos á penetrar en la habitación de Hardy.

Allí se encontraba tendido en tierra, con un revólver al lado y la garganta atravesada por un balazo.

La herida era grandísima, de mucha gravedad y manaba



abundantísima sangre, por cuyas circunstancias se hizo difícil desde los primeros momentos hacer las averiguaciones.

Cuando ya se pudo, aunque con dificultades, declaró que nadie le había herido, que el sólo había intentado suicidarse.

Así había que creerlo, y así lo entendían todos, cuando el comisario de la Policía, allí presente, pudo comprobar que el revólver había sido robado por Hardy á un vecino suyo.

Puesto todo en claro, vino á deducirse que, efectivamente, había robado el revólver, y que estando examinándole en su casa se le disparó.

El ladrón había sido castigado por sí mismo con exceso de severidad.

El tal Hardy es un ladrón habitual, que en esta ocasión, puede decirse con verdad, aunque en la frase se incurra en una herejía, que el tiro le ha salido por la culata.

El asesinato, decía el rey Humberto de Italia, debe ser mirado por los soberanos como el principal inconveniente de una función que, por otra parte, ofrece ciertas ventajas.

El pan y cebolla.

En Bruselas acaba de solucionarse con un drama de sangre una de esas situaciones que se inician con el amor y crecen hasta el idilio.

Haciendo vida común vivían en dicha capital Gastón Collas, joven de diez y siete años, y su amiga Juana Paternoster. No había tanto dinero como cariño, y por fin, á fuerza de menguar lo uno y de crecer lo otro, en aquella casa no se encontraba un real; pero era un poema de ternura el que á cada momento tenía lugar.

Cuando la miseria se hizo dueña del campo, decidieron los amantes quitarse la vida.

Al efecto, Collas compró un revólver, y en medio de la noche hizo un disparo, que no hirió á nadie. Sólo consiguió despertar á la amante.

Los dos se abrazaron tiernamente, y abordaron la muy pensada cuestión del doble suicidio.

Gastón apoyó el cañón de su revólver en el pecho de Juana; pero en vano, no se decidía nunca á hacer fuego. El pobre Gastón era de sentimientos más tiernos que los que él creía tener.

Fué precisa la acción decidida de Juana, para que el tiro saliera y privara de la vida á esta infeliz mujer.

Por largo tiempo estuvo Gastón contemplando el cadáver de su amada.

Llegó el momento en que él había de morir.

Aplicó el revólver á su pecho, pero como cuando quiso matar á su novia, el tiro no salía; nuevo intento y nuevo fracaso; el muchacho no encontraba momento á propósito para disparar.

Faltando como faltaba la ayuda de Juana, no hubo medio de que el tiro saliera, y todo se fué en intentos.

Decididamente pensó dejarlo Gastón para otra ocasión, y á eso se debe el que aún conserve la vida.

Lástima grande fué el que este prudente temor no le acometiera momentos antes y hubiera retirado el arma del pecho de la mujer que tanto le quería.

El millonario Carnegie, hombre práctico por excelencia, aprecia en tanto la diferencia de valor entre un aficionado á las bebidas alcohólicas y otro que no lo sea, que da á éstos un salario aumentado en el 10 por 100 que el de aquéllos. En eso estriba la mayor utilidad para el trabajo.

En este sistema hay además una ventaja: la de que el obrero, por el afán del lucro, se aleja de la taberna, concluyendo por abandonar la bebida.

Mediten los que en España se oponen al cierre de aquéllas.

Valor de una dama.

Los periódicos alemanes publican extensas relaciones del valor de que ha dado prueba la embajadora de Austria en Persia.

Nosotros daremos un resumen.

Esta noble dama salió á dar un paseo en coche, acompañada de su amiga la embajadora de Rusia.

Apenas habían salido de las puertas de la ciudad de Teherán, cuando un soldado persa, amenazando con su fusil, intimó la detención del coche. El cochero, fustigando á sus caballos, partió al galope, pero el soldado le mató de un tiro.

La embajadora de Rusia se desmayó, la de Austria descendió del coche y se fué al encuentro del soldado, quien, á muy pocos pasos de distancia, hizo fuego sobre ella. Erró el tiro, y la valiente señora se abalanzó al soldado, desarmándole y derribándole en tierra de un vigoroso culatazo.

Como al ruido de los disparos acudieran varias personas, detuvieron al soldado persa, quien se niega á explicar las causas de su atentado.

Será juzgado en Consejo de guerra dentro de pocos días.

El terrorismo.

En nuestro número anterior hablamos del anarquismo, suponiendo que anarquistas eran los autores de las bombas que han explotado en Barcelona. En esta creencia comulgaba la mayoría de las gentes; hoy, por el contrario, gracias al proceso que se está resolviendo en la capital de Cataluña, todo hace creer que el anarquismo es ajeno á tanto crimen.

Su autor es el terrorismo, idea la más absurda entre las erróneas, inconcebibles, repugnantes.

Esperábamos que de las declaraciones de Rull y sus compinches resultaran cosas *buenas*.

Si bien nos engañábamos al suponer los orígenes de los crímenes, no fueron defraudadas nuestras esperanzas. Rull habló, habló mucho y hábilmente, hablaron sus camaradas, hablaron fiscales, defensores y acusadores, hablaron los que ejercieron y ejercen autoridad en la población, hablaron los que ejercen influencia con su posición y su dinero.

La luz parece que está ya hecha, y aunque lo prudente es no aventurar un juicio sobre tan delicado extremo, la opinión ya ha formado juicio, ya señala á los culpables. Los Tribunales lo harán definitivamente.

Lo innegable es que los gobernadores, han sido juguetes de gentes que explotaban servicios que nunca hacían, confidencias falsas, delaciones infames que daban en la cárcel con muchos inocentes. Estas infamias, aparte de las bombas mismas, producían dinero abundante, que se gastaban aquellos canallas en orgías.

Todo esto se ha sacado en claro y algo más que saldrá.

La opinión por ese lado se va satisfaciendo; no así por otros.

Las afirmaciones de Tressols han sembrado más alarma que las bombas mismas.

Con efecto, este celoso policía, honrado siempre y activo, declarado tal una vez más con ocasión del proceso, porque su honorabilidad ha sido reconocida por todo lo que vale de la sociedad barcelonesa, ese policía ha hecho declaraciones tremendas.

Detrás de Rull hay personas más altas. Estas son sus frases en plena audiencia. Después, con gran habilidad, ha sabido eludir la verdadera explicación de esas palabras. Eso mismo es lo que más debe alarmar, y, en efecto, inquieta.

«*Sé que me juego el destino;* pero eso no me importa».

Esto es decir que se juega el todo por el todo.

Después no creyó prudente jugárselo.

Las razones que ha dado son de aquellas que *ejerciendo de dulzón azúcar, han puesto la cosa peor*.

Tres son las razones:

1.ª Salvar el número uno. Nos parece muy humano; pero repetimos que esto prueba que tiene mucha razón cuando supone que detrás de Rull hay personas más altas. No tiene pruebas concluyentes; nosotros no dudamos de que le sobre valor á Tressols, teniendo las pruebas, para sentar en el banquillo al culpable; pero una fundada sospecha de Tressols es mucho para que temblemos por la futura suerte de Barcelona.

2.ª No malograr un servicio que lleva iniciado. Nos parece prudente. Rull gastaba y gasta mucho dinero, más que el que recibía del Gobierno civil; Rull aún recibe pródigamente el dinero. De eso tiene certeza Tressols.

3.ª No detener el curso del proceso, dilatando la acción de la justicia.

Las declaraciones de los procesados produjeron sensación, por poner al descubierto tanta pobreza encerrada en el casco de Barcelona. Las de Tressols son para temblar.

***

Antes de que este artículo viese la luz, llega la noticia de la pena de muerte impuesta á los dos hermanos Rull y á su madre.

Nuestro augurio está confirmado; la sociedad barcelonesa, vengada.

Ha sido un triunfo del Jurado, del Tribunal de Derecho y de cuantos han intervenido en tan interesante proceso.

No han faltado los hombres de corazón. Esta prueba de civismo es la mejor defensa contra los criminales.

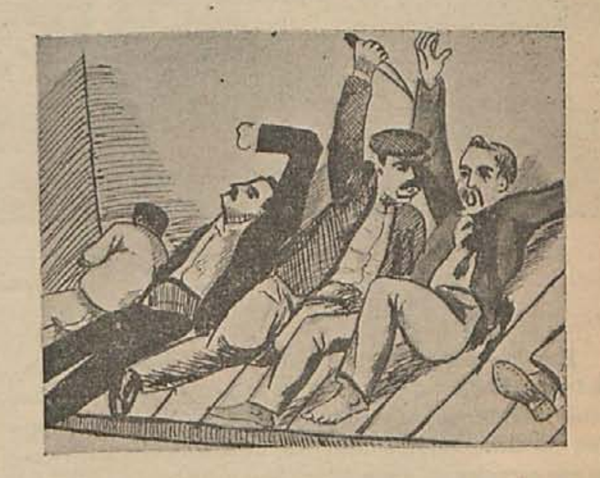
Peor que fieras.

En París, como en todas las grandes capitales, existen juntamente con los suntuosos palacios, albergues modestísimos y *tugurios infames*, pobres casas de dormir que recuerdan la soga que servía de común almohada en la popular *fonda del sopapo*.

En un camastro descansaban algunos hombres de diferentes edades.

Uno de ellos hizo un movimiento involuntario, cuando se hallaba en lo más profundo de su sueño.

Al moverse tropezó con el compañero que tenía al lado.



Este, llamado Tiphaine, de carácter irrascible, se despertó, y malhumorado por haber sido interrumpido su sueño, sacó un cuchillo y empezó á dar puñaladas á diestro y siniestro, sin saber á quién.

Uno que se hallaba próximo, llamado Adolfo Clarac, recibió hasta siete puñaladas mortales.

Nada hay más salvaje ni brutal, y da idea de la importancia que conceden ciertas personas, llamémoslas así, en vez de fieras, que sería lo más apropiado, á la vida de sus semejantes y de lo que les importa estar en libertad, en la cárcel ó en el patíbulo.

Es el resultado de la pérdida de todo sentido moral y el afán de matonismo y de *guapeza* que caracteriza á tanto malvado.

La jura de banderas

QUIEN se propuso el patriótico fin de *santificar* el acto de jurar la bandera está en camino de conseguirlo, ya casi lo ha conseguido.

Hace no mucho, la solemne promesa del soldado se hacía á hurtadillas, dentro de los patios de los cuarteles, circundados por vetustas tapias.

Los grabados dan una idea bastante exacta de algunos de sus detalles.

Desde muy temprano, el 29 de Marzo anterior, estuvieron concurridísimas las calles del largo trayecto que habían de recorrer las tropas.

Los deseos de saludar al monarca eran vivísimos en



El rey dando una orden al jefe de su Casa Militar, general Echagüe, en el acto de la jura.—A la izquierda de S. M., el príncipe Boris de Rusia.

(De *El Mundo Militar.*)

Hoy las cosas cambian: ya el pueblo se da cuenta de la importancia del acto; y si en todas las naciones es de vital interés que así sea, en la nuestra mucho más, porque no tiene hábitos militares, ni enseñanzas militares en sus escuelas, ni amor á las cosas militares.

Es paradójico que el pueblo que paseó triunfadores sus soldados por todos los mares y continentes, el pueblo que dominó al mundo, no tenga amor á la profesión de las armas. Mas paradójico ó no, el hecho existe y hay que combatirle.

S. M. el rey ha sido, sin disputa, el más apasionado defensor de metamorfosear al pueblo, y puede sentirse orgulloso de haberlo llevado á cabo.

La esplendidez del día, en Madrid, favoreció el lucimiento del acto solemne y del brillante desfile que le siguió.

el pueblo madrileño, por ser la primera ocasión en que se presentaba en un acto tan popular, después de su regreso de Barcelona.

El interés general por vitorear á la joven reina, era mayor, si cabe.

Largo tiempo duró el acto, como lo exigía el crecido número de reclutas que iban á jurar.

El público aguantó pacientemente, esperando cobrarse de su molestia con el placer de presenciar el desfile.

Este fué lucidísimo, marchando en cabeza la Academia de Infantería, constituyendo dos batallones.

Después desfiló la guarnición, yendo á la cola de sus unidades los nuevos soldados que acababan de jurar.

Se pudo apreciar la marcialidad de estos reclutas, fruto de una penosa tarea de sus jefes.

Lo que llamó poderosamente la atención del público fué el nuevo armamento de la Artillería.

El material de cañones de tiro rápido, de reciente adquisición, con sus armones y carros, desfiló al paso, tirado por los caballos de nueva compra y con los atalajes nuevos.

Fué una presentación muy lucida.

La Caballería, muy brillante, con sus variados uniformes, desfiló igualmente al paso.

Por hacerse el desfile á este aire se dilató demasiado el acto, así que la gente, cuando vió que S. M. el rey, seguido de brillante Estado Mayor, iba pasando, creyó todo terminado, llevándose la mala impresión de no haber visto á la reina.

Como venía algo detrás, en cuanto se apercibieron de ello, rehicieron la doble fila y saludaron calurosamente á la soberana.

La fiesta resultó brillantísima.

No creemos que estas exterioridades sean las únicas que formen el corazón de los pueblos; pero sí estamos persuadidos de que á las multitudes se las lleva tanto por convicción, efecto de la instrucción, como por la imposición sugestiva.

Siendo así, los pueblos, como el nuestro, con un coeficiente de instrucción, por desgracia muy escaso, precisan actos de exterioridad, actos de visualidad que hablen á los sentidos.

Todo cuanto por militarizar al pueblo español se haga es patriótico. Las naciones pobres, débiles, de pocos recursos y de escasos medios de combate, necesitan perfeccionar la primera materia: el soldado. Hay que compensar con la calidad la deficiencia por cantidad.



La bandera del primer Tercio, única de la Guardia civil, que con fuerza del 14 Tercio asistió á la jura de banderas.

(De *El Mundo Militar.*)



Reclutas de Ingenieros jurando la bandera.

(De *El Mundo Militar.*)

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

Supongo, hijos míos, que la presencia de Manofina no es sin motivo, y rabio por saberlo. Tal vez nuestro querido Manofina se encuentra en alguna situación peligrosa que reclama nuestro socorro, y si es así, aunque no pertenezca á nuestra honrada hermandad y que ningún deber nos ligue hacia él como hermanos, siempre estamos dispuestos como amigos y camaradas, á ayudarle siempre que se pueda... sin contravenir á las reglas de nuestra honrada hermandad.

—Tío Mandamiento—respondió Coco—, no se trata de socorrer á Manofina, sino de hacer consentir en que nos socorra

Mandamiento se mostró sorprendido.

—Tengo que proponerte un negocio... y de los más graves—prosiguió Coco—; he aquí por qué he venido con Manofina; escúchame, pues, porque la cosa vale la pena.

—Habla—dijo el maestre, más y más sorprendido.

—Hay en Sevilla—dijo el aguacil—un señor joven y muy rico que te necesita.

—¡Por la barba del rey! —exclamó Mandamiento—, siempre estoy al servicio de los señores jóvenes que tienen mucho dinero.

—Pues ése te lo dará en abundancia. En cambio, oye lo que se deberá hacer.

—¿Acabar con su rival?—interrumpió el maestre.

—Mucho mejor que esto—dijo el aguacil—; una expedición que la cofradía nunca ha hecho otra igual.

—¡Por la Virgen del Pilar!—exclamó el maestre—lo que me dices principia á alarmarme. ¿De que se trata, pues? Explícate.

Coco miró alrededor suyo con aire misterioso: nadie podía oirlos, porque estaban á más de quince pasos distantes del círculo en que se bailaba. Con todo, para mayor precaución el alguacil llevó á Mandamiento y al guapo hasta la columna más retirada, después, inclinándose hacia el maestre, le dijo en voz baja:

—Es preciso que nos ayudéis á librar al gobernador de Sevilla el día del auto de fe.

—¿Y cómo?

—Cogiendo al inquisidor general, á quien tendréis preso durante dos días, que bastarán para que don Esteban pueda coger el primer puerto de España y embarcarse para otro país.

—Hermano—respondió el maestre—, ¿has pensado bien en lo que me pides? ¿sabes que en semejante empresa nos jugamos la vida?

—Contra doscientos mil reales—añadió al punto el tabernero—; puesto que esa es la suma que don Esteban de Vargas ofrece darnos en recompensa.

—¡Doscientos mil reales!—dijo Mandamiento aturdido por la enormidad de la suma—; doscientos mil reales para ..

—Para coger á monseñor Arbués, y tenerle preso dos días en las bodegas de la Garduña—se apresuró á decir Coco.

—Sí—continuó el maestre—, y cuando el señor Arbués esté libre nos hará quemar como herejes. ¿Crees que soy bobo, Coco? Matarle va bien, que los muertos no pueden hacer daño; pero robarlo no, no, yo sólo robo muchachas.

—Su señoría no quiere que se le quite la vida.

—Su señoría es cándido como un cordero; sin la complacencia de Manofina y las órdenes de...; pero basta, yo me entiendo... Si don Esteban aún vive, no tiene la culpa el inquisidor.

—¡Oh! poco me importa la vida del inquisidor—dijo Coco—; pero si hablas á don Esteban de matarle, jamás lo consentirá, y el gobernador de Sevilla será quemado.

—Bien está; seremos discretos—dijo Mandamiento con sardónica sonrisa.

—Doscientos mil reales—pensaba él interiormente—para tener el gusto de acuchillar á ese maldito de inquisidor que me tiene odio y nada me encarga desde que erré el golpe de don Esteban. Doscientos mil reales son una magnífica despedida... Además, ciertamente reemplazarán á monseñor Arbués, y el nuevo inquisidor, que ningún resentimiento me tendrá, nos hará trabajar, y todo ese negocio es provechoso para la hermandad.

Tales fueron las reflexiones rápidas del maestre de la Garduña; pero cual hábil diplomático, se abstuvo de participarlas á aquellos con quienes trataba. Dirigiéndose á Coco, que aguardaba su respuesta, le dijo:

—¿Y Manofina consentiría en ser de esa expedición?

—Sin duda—respondió el guapo.

—¿Tú conoces, pues, que la Garduña es una buena madre, y quieres volver á ingresar en ella?—preguntó el capataz.

—Maestre, no he dicho eso—replicó Manofina—; esa expedición me gusta; quiero ayudaros, si no os oponéis á ello, y la serena también—añadió con orgullo.—Ya sabéis que vale un guapo por su valor y audacia.

—Comprendo—dijo Mandamiento frunciendo las cejas—; comprendo: la serena y tú os prestáis gustosos á esa operación por la recompensa prometida.

—Maestre—dijo Manofina algo picado—, jamás rehusé un salario honrosamente ganado; pero si esta vez juzgáis conveniente no darnos nada, poco me importa; participaré gustoso de los peligros de esta expedición, sin exigir recompensa, puesto que pensáis que no tenemos derecho á ella, no siendo miembros de la hermandad.

—¿Y por qué no lo seréis? —continuó Mandamiento, para quien este era el punto de la dificultad.

—No me tientes, maestre—dijo Manofina—; á lo hecho, pecho; yo no cambiaré. Díme solamente si cuentas con mi ayuda y con la de Culebrina; esto es lo único que te pido. En este caso, tú me volverás por un día la autoridad de guapo, dándome una cuadrilla para mandar, y tranquilízate; yo me emcargo de lo demás.

—¡Pues bien!—dijo Coco—, ya está convenido, maestre; ¿puedo conducir aquí á don Esteban y á sus amigos para que os entendáis juntos y dispongáis la trama?

—Sí—respondió Mandamiento, contento con la resolución de Manofina, á pesar de sus restricciones; pues confiaba cambiarle enteramente; y dirigiéndose luego al guapo, le dijo: —Hijo mío, la cofradía y yo te conservamos amistad; aún no hemos encontrado ninguno de nuestros más bravos «pretendientes» digno de sucederte, y tu empleo está vacante en la Garduña. Vuélvelo á tomar para el día de la expedición proyectada, y que Dios te inspire luego, hijo mío ¡Ojalá tomes una buena y prudente resolución!

—Yo—dijo Coco—voy á avisarlo á don Esteban: es preciso que todo se arregle esta noche.

—Ve—dijo Mandamiento—, nada es más favorable para esta operación que el tumulto de una fiesta. Y tú, Manofina—añadió—, ¿no vas á bailar un fandango con tu Culebrina?

—Sí por cierto—dijo el guapo—, y tomó á la serena para conducirla al círculo de los bailarines.

A pesar de su pobre traje, todos se apresuraron á ver bailar á la serena, que era tan bella y tan linda, tan halagüeña y meláncolica. que era imposible verla sin amarla; y además, ¡bailaba tan bien!...

Durante este tiempo, Coco había salido del palacio y dirigídose hacia el grupo de alelíes, donde poco antes tres hombres estaban hablando, los cuales permanecían aún en el mismo sitio, cual si aguardaran á alguno.

Adelantóse el alguacil hacia ellos haciendo adrede un poco de ruído. Aunque la noche estaba obscura, reconocióle Esteban, y le dijo:

—¿Qué hay?

—Todo está listo, señor caballero; el maestre de la Garduña hará cuanto queráis.

—Bien os lo había dicho—dijo Esteban volviéndose á sus compañeros don Rodrigo de Valero y don Gimeno de Herrera—; ahora estamos seguros del éxito.

—Don Esteban—murmuró el anciano—, vos habéis juzgado útil juntaros á esos gitanos, enhorabuena; pero, amigo mío, vos no conocéis la mitad de vuestra fuerza; si yo tuviera vuestra edad, si fuese hermoso como vos y me llamase don Esteban de Vargas, quisiera, con una sola palabra, sublevar como un solo hombre al pueblo de Sevilla y trastornar á España.

(Continuará.)

Horrible asesinato. Repugnante atropello.

Conmueve hoy á la opinión un crimen descubierto por la Guardia civil, cerca de Lozoya.

La víctima ha sido una joven, casi una niña, de quince años, llamada Francisca Corrales, vecina de Lozoya y nacida en Gallegos (Segovia).

La desgraciada joven fué estrangulada y su cadáver hallado por la Benemérita en el monte de la Fuensanta.

El crimen por el pronto estuvo oculto.

Al descubrirse el cadáver, fué reconocido por el médico de la localidad, quien certificó que la muerte había sido, como decimos, por estrangulación.

También certificó que el cuerpo de la víctima había sido objeto de brutal atropello, á juzgar por ciertas señales que atestiguaban la violencia.

El crimen, por lo tanto, ha sido cometido en las circunstancias más repugnantes y feroces.

Las primeras diligencias de las autoridades no habían dado fruto. Al fin las activas pesquisas de la Guardia civil dieron por resultado el que un leñador declarara cuanto había podido observar.

Según él, había visto días antes á Cayetano García, de veintitrés años de edad, vecino de Alameda del Valle, que descendió del caballo que montaba, precisamente en las cercanías donde el crimen se realizó. Poco despues oía lamentos y una voz femenina que gritaba: ¡madre! ¡madre!

Refiere que no acudió en auxilio porque no pudo precisar de donde partían las voces. Poco después, Cayetano saliendo de entre la maleza montó á caballo, partiendo á galope tendido.

El juez, ante quien Cayetano se ratificó, ha decretado la prisión del presunto autor de tan brutal asesinato y vil atropello.

Nuestros regalos en el 2.º trimestre de 1908.

Correspondiendo al creciente favor de nuestros abonados, en su obsequio haremos los siguientes sorteos:

Mes de Abril.

Una máquina de escribir, de la Casa Ureña, de esta corte.

Mes de Mayo.

Cuarenta novelas, encuadernadas y con grabados, que serán remitidas, francas de porte, á los cuarenta suscriptores á quienes les hayan correspondido en suerte.

Mes de Junio.

Cinco décimos de 3 pesetas, correspondientes al último sorteo del mes, que remitiremos uno á cada uno de los cinco abonados que resulten favorecidos.

Daremos cuenta á nuestros suscriptores de los nombres y residencias de los agraciados en los sorteos, para satisfación de todos.

Terminada la interesante obra debida á la inteligente pluma del sargento de Carabineros de la Comandancia de Guipúzcoa D. José Corrales Blasco, titulada *Hechos notables del Cuerpo de Carabineros*, será bien pronto puesta á la venta, pudiendo dirigirse, quien desee adquirirla, á su autor ó á esta Administración.

En su lugar publicaremos unos pequeños é interesantes tomos de *Diversos conocimientos útiles al hombre apartado de los centros de población*. Estos libritos ayudarán á hacer la vida más llevadera, cómoda y económica, siguiendo sus consejos á los que, como el carabinero y el guardia civil, viven en muchas ocasiones en lugares desiertos, y no estarán de más á los que habiten en poblados.

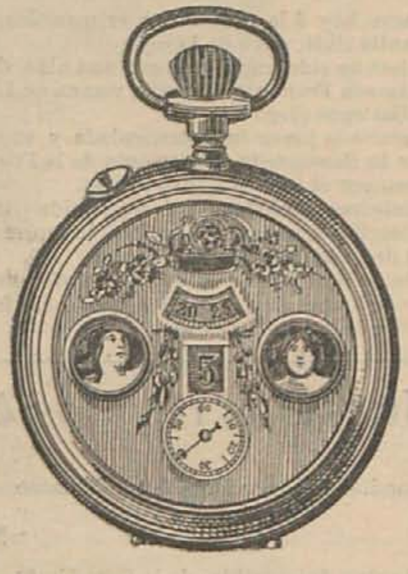


Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, **Fuencarral, 59. — Madrid.**

Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.





En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

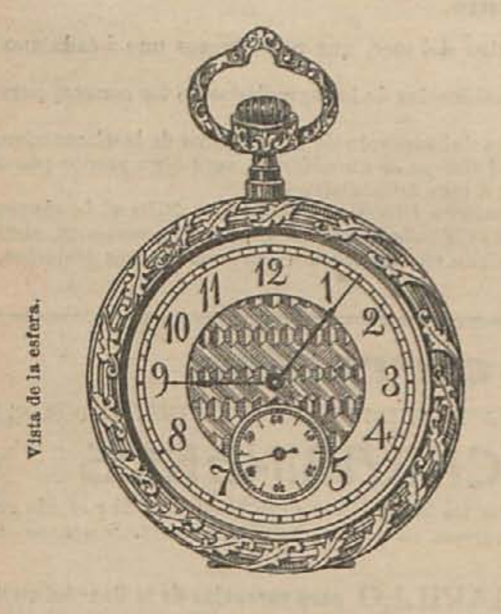
El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad: máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones, forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.

Vista de la esfera.





Vista del dorso.

El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increible en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal similor-oro, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.– Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia. –Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.– **No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.